

HONDA, COMO UNA BRASA

Hoy nieva, Ángel, nieva sobre Madrid, y es tu *semilla en la nieve* lo que nos cae del cielo. Tú también gozarías de esta *ciudad hoy blanca*. Tal vez escribirías un poema, desnudo, si vieras lo que veo. Es a ti a quien veo. Así que escribirías tu propia desnudez. Quizá no fue otra cosa lo que escribiste siempre, lo que leíste en otros y nos has dejado: versos que dicen la desnudez de un hombre. El aire la sostiene en su caída, a la nieve. Qué te sostuvo a ti. O qué no te sostuvo. Por qué no te sostuvo. No sé por qué tu muerte me ha sacudido así. No pudimos ser, Ángel, lo que se dice «amigos»: demasiada distancia. Pero el tirón, el hilo, aquello que era igual entre nosotros. Muchas veces, en los últimos años, me invitaste a Lisboa, a tu casa en el campo. No fui a verte a Lisboa. No fui a verte a tu casa en el campo. No viniste, tampoco, a Las Villuercas. Hablamos a menudo de ello por teléfono. Tu voz en el teléfono, de noche, en la cocina de mi casa, estos últimos años.

Y yo quisiera ahora que mirásemos juntos este blanco milagro que cae para los dos, y se detiene, lento, para que ambos podamos describirlo.

Los mirlos, alocados, picotean los copos una vez en el suelo.

Hoy nieva, Ángel, nieva tu presencia desnuda.

«Arde, honda, como una brasa su desnudez definitiva», escribiste una vez.

Está cuajando ahora.

Ada Salas